SOBRE LA TRAGEDIA. LA RECONVERSIÓN DEL RIESGO EN EL MEDITERRÁNEO. MIRADAS DE MUJER

ROMÁN REYES

Escribir es una forma de terapia. Hablar es también otra forma de terapia. Y pensar y hacer. Porque el cuerpo es bello, seductor, si es un cuerpo inacabado, recurrentemente imperfecto. No (definitivamente) pronunciado o (totalmente) descrito. Las terapias no siempre se conducen o prescriben. También se (auto)descubren. Salvarse, en definitiva, es justificarse. Cuando alguien opta por la escritura y por una determinada forma literaria (escribir, por ejemplo, este artículo) asume un doble riesgo: reducir o someter el contenido al que remite a la estructura de su propio discurso, provisional como cualquier otro por el que se optara. Persigue, ciertamente, un interés, más oculto que explícito. Pero, al mismo tiempo, excluye otras formas alternativas de discursos y otras miradas de o sobre las cosas. Más epidérmicas unas, más ocultas la mayoría.

Escribir es hacer acopio de información. Pero también es sugerir formas-otras de acumulación selectiva. Se afirma que conocer es saber dónde está la información. Controlar el espacio institucional (tangencial y/o transgresor) que ocupa el discurso y sus variantes es, sin embargo, privilegio de los gestores de esos espacios. Conocer es, por tanto, tener la certeza de que existe una razón posible, un marco teórico por definir. O por descubrir. La acumulación no selectiva (consumo compulsivo de información) es una trampa. Nos resta tiempo para el discernimiento y, especialmente, para el disfrute.

Desde esta perspectiva escribo: para que nadie crea que hago uso de mi privilegiada posición panóptica para imponer formas de lectura.

Entiendo, por ello, que un analista o pensador *operativo* (como cualquier profesor) no es necesariamente aquel que dice o cree saberlo todo. La totalidad más o menos extensa del sabio es un universo que cierra el interés propio y el inmediato. Ocupa, es cierto, un puesto culturalmente relevante. Pero es tan sólo eso, un *platzbesitzer*, un *platzhälter*, aquel para quien lo importante es ocupar y ser dueño de un sitio.

Entiendo, en consecuencia, el oficio de pensar como un *aprendiz de brujo* que, creyendo saber dónde y cómo encontrar e interpretar las fuentes reales o posibles del conocimiento, sitúa al destinatario sobre un universo abierto. Sería un *platzanweiser*[1], quien se limita a señalar caminos explorados o por explorar que conduzcan a sitios provisionalmente estables. Quien libera al caminante para que diseñe por sí solo senderos alternativos, para que aprenda a trazar mapas que otros posteriormente puedan copiar.

La verdad es algo que se presiente un cuarto de hora antes del amanecer a un nuevo día, el tiempo de las generaciones venideras. Verdad es poder alumbrar caminos, tener la linterna con capacidad suficiente para proyectar sobre un fondo firme las sombras de las figuras que el foco capte en la penumbra.

Éste es (debería ser) el fundamento/justificación y el objetivo de toda escritura.

El texto que suscribo toma como pretexto a la mujer, pensando en cómo ha de definirse esa condición en un tiempo que no acaba de fijarse. A caballo entre un siglo perdido y otro por atrapar. Un inestable paréntesis. Un mal sueño que quiso ser moderno y se quedó en pre-moderno, una recurrente reflexión sobre lo que pudo haber sido y jamás fue, por muy resistentes que se hayan comportado sus protagonistas. El siglo XX fue el sueño de la razón frustrada o la razón de un sueño obligadamente frustrante porque

jamás se soñó despierto. El siglo XXI es una oportunidad: nos brinda espacios *nuevos* a recorrer, campos a poblar, plataformas a reordenar según criterios *más plausibles*, es decir, priorizando el interés de la mayoría sin entrar en conflicto con el medio.

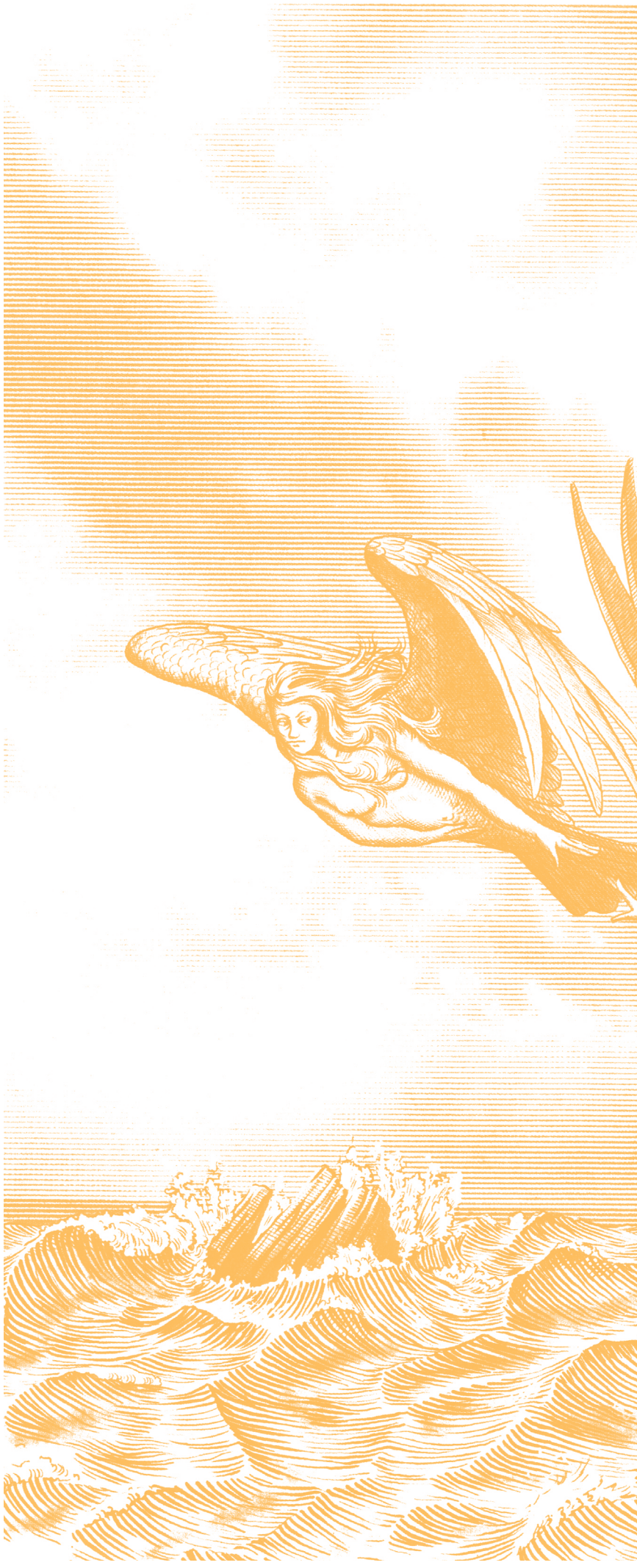
Predispongo al lector cuando me aventuro a anticipar. Es cierto. La provocación, o la seducción, es parte de cualquier discurso sin voluntad de cierre. Se presenta lo que se desea (y como se desea), o lo que el escritor considera objeto rentable de deseo. Es decir, se arriesga uno a conducir al lector de tal manera que *encuentre* en este texto lo que su titular torpemente anuncia. Lo que el lector espera leer. Sin que el texto, posteriormente leído, quede alterado. Quien se altera, o perturba, en su caso, es (debe ser) el lector, si el objeto de deseo no entra en conflicto con el objeto del deseo.

Cuando uno anticipa desvela las claves del mensaje. Importa, al final, el acontecimiento de la llegada, la formalidad de la inclusión o exclusión, forzada o deseada. Desvelar no es, bajo ningún supuesto, generalizar. Porque toda lectura es selectiva, si bien es mucho más selectiva la escritura. El lector creerá que se ha identificado con el texto y con el autor del texto. Por simpatía o por rechazo (otra forma de posponer el disfrute posible). Pero siempre será simulación. No de otra forma se entiende la relación del artista con su obra o de ésta con quien, a posteriori y sin agente normalizador conocido, termina por incorporar el mensaje, que, como en cualquier forma de donación, siempre estuvo a disposición de quien asumiera el riesgo de perderse en el misterio que todo discurso anuncia.

No sé si es también provocador afirmar que sólo escriben los maestros, los que han superado largos y (a menudo) traumáticos procesos de iniciación o de adaptación a un sostenible descriptor del medio. No por atrayente, menos incómodo. Se supone que los maestros saben cómo connotar cuando se guarda silencio y cómo acotar el discurso cuando se habla desde posiciones (provisionalmente) hegemónicas.

El que a uno le llamen maestro y sea, por ello, más o menos viejo es un problema de quien lo cuestiona (Sartre). El que uno pueda afirmar que sigue siendo, por ejemplo, un *viejo rockero* (y, como tal, sea reconocido) es un riesgo que asume quien no reniega de su pasado. La perspectiva irreverente es un privilegio, patrimonio de quien es incapaz de soñar sin renunciar a lo que oculta (porque no puede ni quiere olvidarlo).

Porque sólo los dioses (o sus demiurgos) son apáticos, al principio era la pasión. Al comienzo de ese principio cualquier riesgo era reconvertible. Por eso la pasión jamás pudo significar tragedia. Al final de ese mismo principio fue también la pasión. Y esa pasión renovada jamás puede (ahora) neutralizar el silencio. La huida no es forma de conjurar lo imposible. La reconversión del riesgo reconvertido es irreversible. Ése es el sentido de la tragedia.



Al principio era la incertidumbre, especialmente si ese principio suponía un re-comienzo. La vida es un conjunto de fragmentos pretendidamente coherentes. Porque la voluntad de sistema cuestiona lo evidente. Por eso el silencio se instala sin que se conozca su tiempo, su vigencia. No sé si como terapia o pre-texto. Silencio, porque amar siempre supuso asumir riesgos. Aquello de lo que no es recomendable hablar. La tragedia, que somos incapaces de nombrar, es la lectura inversa del olvido. Simular que nunca existió complicidad y que, de haberla existido, habría que ocultar sus huellas. En todo caso, asumo aquí mi condición de *conductor* de un programa previamente no escrito y para el que no me habían contratado. Y me siento *arropado*. Gracias por permitirme estar donde nunca nadie debía haber estado. Gracias, porque la soledad de los *viejos rockeros* es sólo una ficción. Uno se va a la cama con la ternura reprimida, con los besos interrumpidos (aunque recibidos y disfrutados).

El tiempo que ya no es puede volver a serlo si se es capaz de invertir la mirada. La carne es un peligroso referente, porque no puede ocultar en su textura las huellas del tiempo pretendidamente perdido, recuperado en su memoria. La carne juega, por ello, con el tiempo. No es más débil porque nuestros ojos se humedezcan o nuestras lágrimas describan surcos efímeros. Las huellas del desamor, como las de la nostalgia, no son aparentemente visibles. La curiosidad traiciona a los coleccionistas de tragedias porque sólo pueden hacerse reconocer como gestores de necrópolis. No hay sitio en retiro alguno para relegar al olvido a quienes han utilizado cementerios o burdeles como pretexto para perderse de otra manera. O para garantizar una furtiva vuelta a casa. La carne, nuestra carne resiste porque pertenece a otro orden. Tiempo y carne son inconmensurables. *Je n'ait eté jamais à Hiroshima*. Creo que la mayoría de mis lectores, tampoco.

Esta praxis legitima cualquier texto con voluntad de acreditación académico-científica o sociocultural. El discurso o es el discurso de la acción o ese discurso no pasa de ser una *praxis teórica* en busca de una teoría que le dé sentido.

Si la verdad sólo tiene pleno valor al cabo de una polémica (Bachelard), que esa tensión no se prolongue más allá de una década. Pongamos por caso. O de una cadena de instantes. Al principio era (repito) la tragedia y esa intempestiva tragedia era el abismo *(ab-Grund)*. Porque la diferencia (entre humanos) es sólo repetición, al principio de una nueva década se está a tiempo de reconvertir esa recurrente tragedia para que la polémica se registre *de otra manera* y sólo tenga sentido el abismo cuando el ciclo se cierre de nuevo. Los ciclos son secuencias malévolas que sólo diosa/es ociosa/os fijan para confundir a los amantes.

Establecer lazos imperceptibles. Cuando el diálogo (intercultural) es sólo un elogiable proyecto. Los lazos son, en definitiva, nudos. Y el Mediterráneo es toda una red de nudos. El secreto está en que uno aprenda, en su caso, a

desanudarlos sin esperar que el político (disfrazado de psicoanalista) lo haga antes. O esa figura recurrente que sigue llamándose *pensador orgánico*. *Líame* (entonces) *con tus besos*, si no puedes hacerlo con la palabra o el silencio. Se me ocurre sugerir.

La mujer, las mujeres. Porque el único y excluyente discurso que sobre la mujer ha circulado tiene firma de hombres. Con supuesta voluntad de crítica, habría que reconocer. Y, en todo caso, ha circulado, porque han sido hombres los que permiten que esté en circulación, que mantenga una vigencia tutelada. La resistencia organizada de las mujeres, la lucha por la emancipación, es, a menudo, reconvertida o incorporada al discurso del poder que siguen ostentando los hombres (aunque tenga rostro de mujer, en determinados casos), tanto en la vida privada como en la pública, tanto en la sociedad civil como en la mágico-religiosa, incluido el arte en cualquiera de sus formas de mostración.

Describen senderos que han trazado hombres y calcan mapas que han diseñado hombres, mapas que sólo son reconocibles a partir de fronteras (geográficas, culturales o sociales) que han impuesto hombres.

Tal vez este texto sea una excepción. Al menos, lo pretende. El mapa (y los pasajes previos) no se entiende sin la mirada de las mujeres.

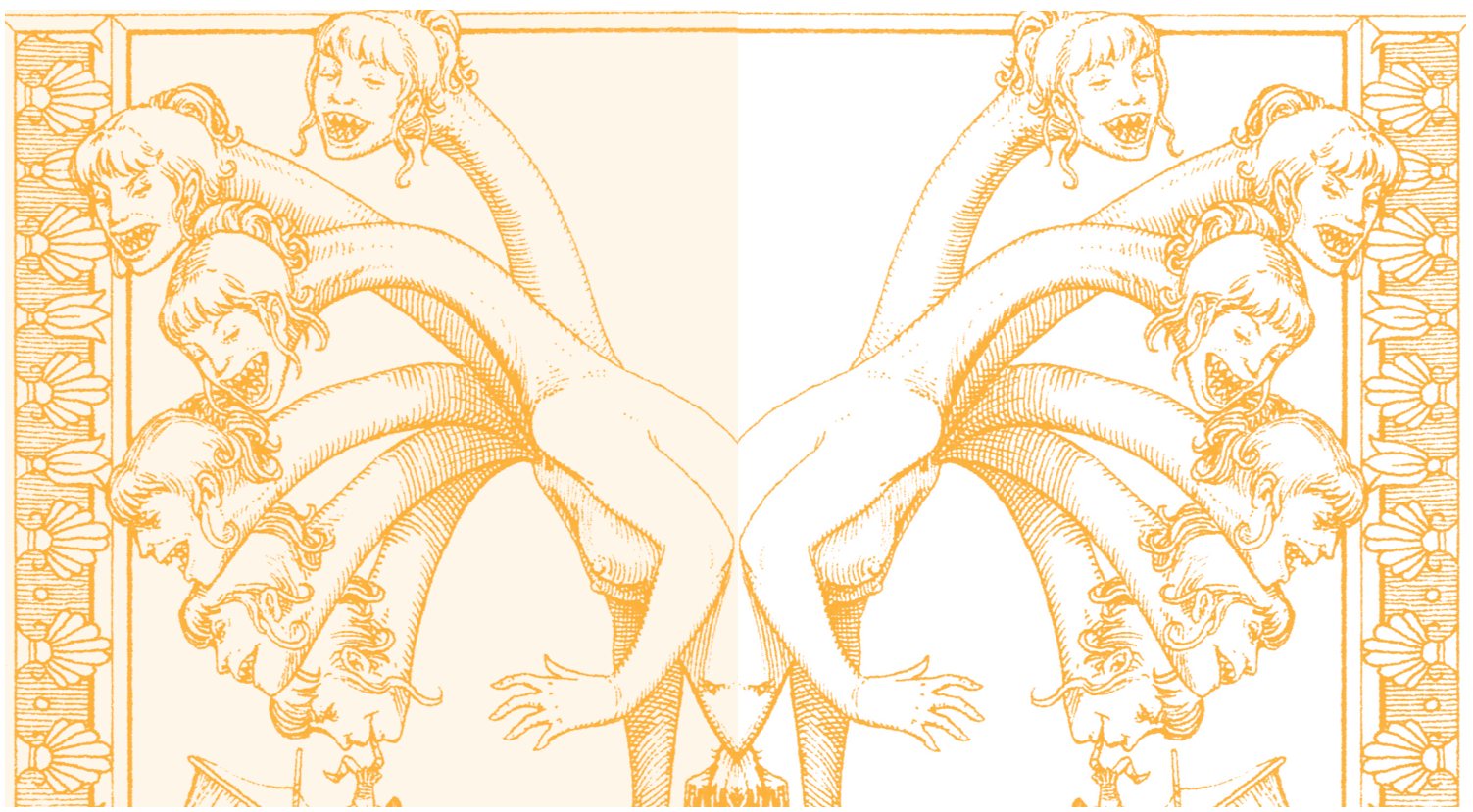
Es posible que todos los caminos conduzcan a un destino, soñado o impuesto. Uno puede resistirse argumentando que jamás quiso llegar a parte alguna. La precariedad de ese inevitable camino tan sólo nos permite burlar los itinerarios. Ser un vago y maleante, para llegar *de otra manera* a Ítaca. No importa que, al final, se sienta uno frustrado, por muy pobre que entonces Ítaca le resulte. Si es que se le permite entonces exteriorizar ese sentimiento.

Registrar siquiera que alguien ha transitado por estas páginas (que hojea al menos estos *Pliegos de Yuste*) es un valor al que cada lector/a le pondrá el precio que le merezca.

Podrá verificar que es una temeridad hablar de la mujer como *minusvalía* o exclusión. Hablando de la mujer estamos señalando una parte, torpe e injustamente relegada o reprimida de nuestra condición humana. Y de nuestra historia.

Trazar una línea, proyectar un plano, describir conjuntos de líneas. La geometría es siempre geometría de las pasiones, o del deseo. La estética da sentido a las formas. La ética las humaniza. La política no termina de conseguir su objetivo: hacer que el disfrute, el placer, sea solidario y equitativo.

Entre el punto de partida y el término está lo bello. No hay imaginario alguno que pueda construirse/activarse si no se acepta que vivir es una aventura que, en sí, es *el* valor. Leer (me) es también una aventura. Aquello que nos legitima (y les legitima) como paseantes, como inquilinos de un espacio que se nos ofrece como disculpa o tentación para dar sentido a cualquier recorrido. Gracias.

NOTAS

[1] Traducción libre: *platzbesitser* = el que ocupa un sitio, *platzhalter* = el titular de un sitio, *platzanweiser* = el que describe o señala sitios.